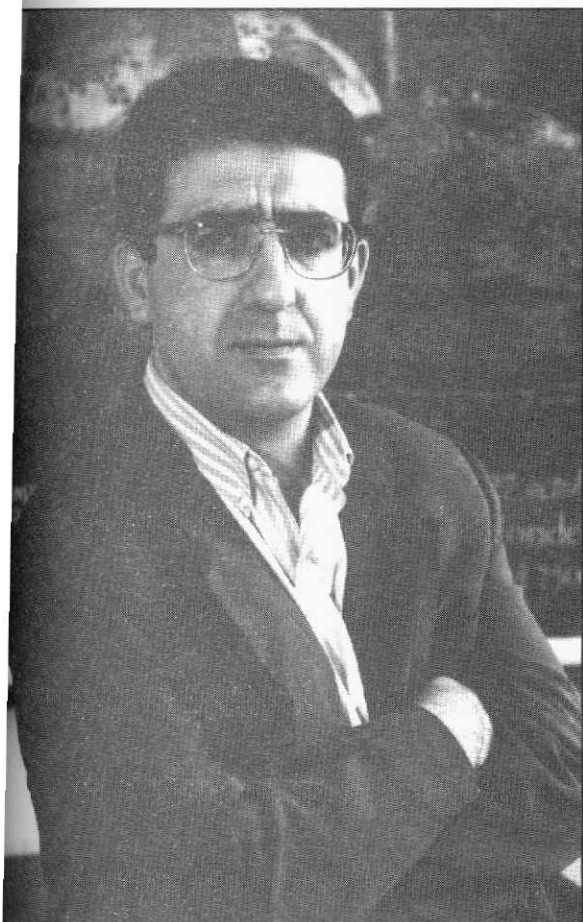
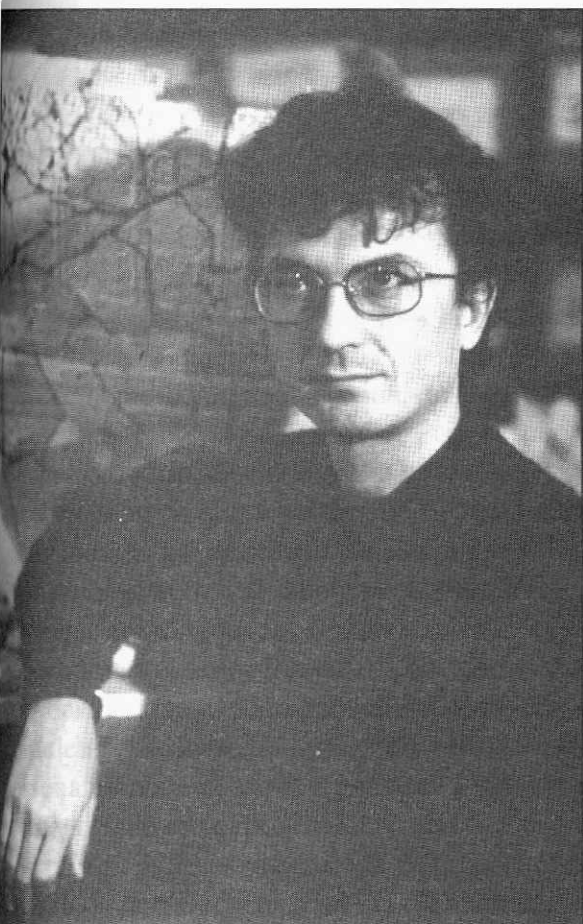




**MURCIA:
VEINTE MIRADAS
OBLICUAS**



Julio Navarro Palazón y Pedro Jiménez Castillo



La Murcia del Rey Lobo, es decir, una Murcia de esplendor árabe, evocada a través de los ojos de un comerciante genovés. Un fresco de la época basado en la verdad histórica pero no exento de atractivo literario. Un texto elaborado por el arqueólogo Julio Navarro, director del Centro de Estudios Arqueológicos Ibn Arabí, de Murcia, y por el también arqueólogo Pedro Jiménez.



Ataifor de loza dorada hallado en la calle Serrano Alcázar de Murcia (Siglo XII)

Un día en la Murcia del Rey Lobo

El día 17 de octubre del año de Nuestro Señor Jesucristo de 1160, llegamos por fin a la gran ciudad de Mursiya, la capital del famoso rey Lobo. A la vista del objetivo final de nuestro viaje recordé el momento de la partida, dos semanas antes, en nuestra patria genovesa. Para el señor Bucuccio, mi tío, éste era uno más de los muchos periplos que a lo largo de su vida había realizado; yo, sin embargo, viajaba por vez primera al gran Sur, al fabuloso al-Andalus (1). Entonces era muy joven, 17 años recién cumplidos, y el señor Bucuccio consideró conveniente que lo acompañara con el fin de completar mi formación mercantil y de conocer personalmente a nuestros agentes en los puertos y ciudades de ese país.

Emprendimos viaje desde Génova en una carraca de nuestra propiedad (2). Tomamos

rumbo Suroeste, navegando frente a los acantilados de la costa ligur, pasamos frente al puerto de Niza y el cabo de Antibes, hasta avistar la isla de Hyères. A partir de ahí navegamos en mar abierto siguiendo la derrota de las Baleares. Tras una corta travesía, llegamos a las islas e hicimos escala en su capital Mayurqa (3).

Por esas fechas acababa de instalarse en el gobierno de las Baleares la familia de los Banu Ganiya, enfrentados, al igual que el rey Lobo, con el creciente imperio almohade. Durante los casi cincuenta años que gobernó esta familia, las relaciones entre las Baleares y Génova fueron excelentes, como también lo fueron con las tierras del rey Lobo.

De Mayurqa partimos con rumbo SO hasta avistar las costas del Sharq al-Andalus (4).

Pasamos frente al puerto de Moraira, al Sur de Denia, y continuamos hacia Mediodía, navegando próximos al litoral. El siguiente puerto importante que avistamos fue «Laqant», y poco después «Sant Bul», el puerto de «Uryula». A 57 millas al Sur de Laqant existe una gran laguna litoral de agua salada que los naturales llaman «Palus» o «al-Buhayra», que quiere decir en su lengua «Mar Chico». Está separado del mar abierto por una estrecha franja de tierra, al Norte de la cual existen unos canales o golas que permiten la navegación entre ambos mares; a estas golas las llaman «Huluq Palus». Dentro de la laguna existen varios fondeaderos, el más importante de los cuales es el llamado «al-Qasr», «la fortaleza». Frente a la laguna hay una isla pequeña que llaman «Yazirat al-Firan», en nuestra lengua «Isla de los Ratonés». El «Mar Chico» está rematado al Sur por un cabo prominente, a partir del cual la costa quiebra hacia Poniente. Este cabo se llama «Taraf al-Qabtal» o «Qabtil Tudmir». Poco más adelante avistamos otro fondeadero llamado «Purtman al-Qabir», a doce millas tan sólo del puerto donde atracaríamos finalmente, el de la famosa ciudad de Qartayanna, población antiquísima (5).

La ciudad está situada al fondo de una profunda bahía, sobre una península rodeada de montañas escarpadas; esta ubicación la convierte en una plaza casi inexpugnable. Aunque no es muy grande, su puerto sí lo es, y registra una gran actividad, dado que es uno de los más importantes en el sur del Sharq al-Andalus. Cuenta con atarazanas que construyen barcos pequeños y grandes tanto de guerra como mercantes: sambucos, acazias, taridas, galeras, todos ellos de condiciones marineras excelentes (6). Las recuas de bestias de carga, procedentes de las comarcas del interior, llevaban al puerto mercurio, hierro, plomo, tejidos de lino, seda, tapices, brocados, loza. Numerosos navíos de todas las procedencias exportaban estos productos a los reinos cristianos del Norte, a Pisa, Génova y las Baleares; a Sicilia y a los puertos de Ifriquiya: Orán, Tenes, Cherchell, Argel, Bujía, Tabarca, Túnez (7).

Nuestro barco permaneció en el puerto desembarcando paños y pieles que traíamos desde Génova, así como varias mulas baleáricas, animales muy apreciados en todo al-Andalus, adquiridas en Mayurqa (8). El cargamento de retorno estaba ya preparado, almacenado en la alhóndiga. Consistía fundamentalmente en manufacturas de seda ricamente bordadas con hilo de oro y plata, que llaman al-wasy; alfombras y tapices tentalíes, cotas de malla, vasos de latón repujados y la famosa cerámica que llamamos loza dorada, todo ello fabricado en Mursiya (9).

En Qartayanna descansamos durante un día, tras lo cual alquilamos unas caballerías y emprendimos camino hacia Mursiya. Antes dimos orden a la carraca para que, una vez finalizado el embarque, partiera rumbo a «Sant Bul» donde nos recogería para emprender el viaje de regreso.

De Qartayanna a Mursiya hay una buena jornada de camino. Están comunicadas por una vía rectilínea que atraviesa una comarca llana y muy fértil llamada «Fahs Qartayanna». Esta comarca está poblada por multitud de alquerías y aldeas protegidas normalmente por una torre (10); en ella se cultivan el trigo y la cebada, los garbanzos, habas y habichuelas, el olivo y la higuera; la tierra es muy fértil si bien el riego escasea. Aunque no hay ninguna población grande, el arriero que nos acompañaba nos indicó los nombres de las más importantes: a la izquierda del camino está «al-Hurra», poco más adelante «Albuxon», «Jub Abençalet»... Poco a poco nos aproximábamos hacia una montaña llamada «al-Silsila», que quiere decir «La Cadena» (11). Cerca de estos montes vimos un rebaño de onagros, una especie de asnos salvajes, paciendo tranquilamente (12).

Con las primeras luces del alba atravesamos el angosto puerto de montaña. Sobre un cerro, una fortaleza inexpugnable vigilaba el paso; a mano derecha, en una loma, unos obreros se afanaban en la construcción de un gran edificio (13). Tras una revuelta del

camino se nos ofreció por sorpresa el espectáculo incomparable de una vega feracísima, salpicada por multitud de alquerías y caseríos. Por enmedio del valle discurría el cauce sinuoso de un río mediano que llaman «Wad-al-Abyad» o «Río Blanco», y también «Shekúrah», pues nace en las montañas de ese nombre (14). A sus orillas, como una isla blanca en el mar verde de la huerta, Mursiya, la capital del rey Lobo. El paisaje a nuestros pies contrastaba violentamente con las montañas áridas y escarpadas en que aún nos hallábamos.

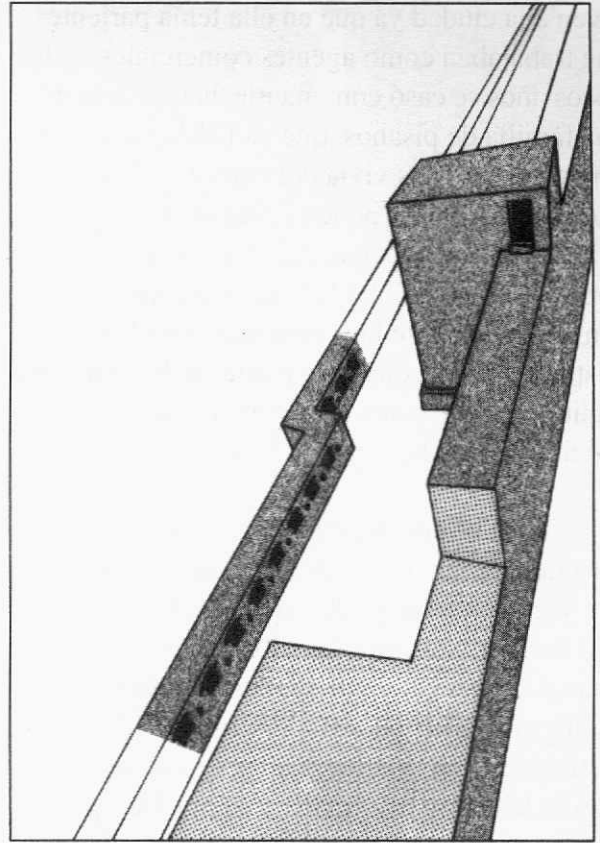
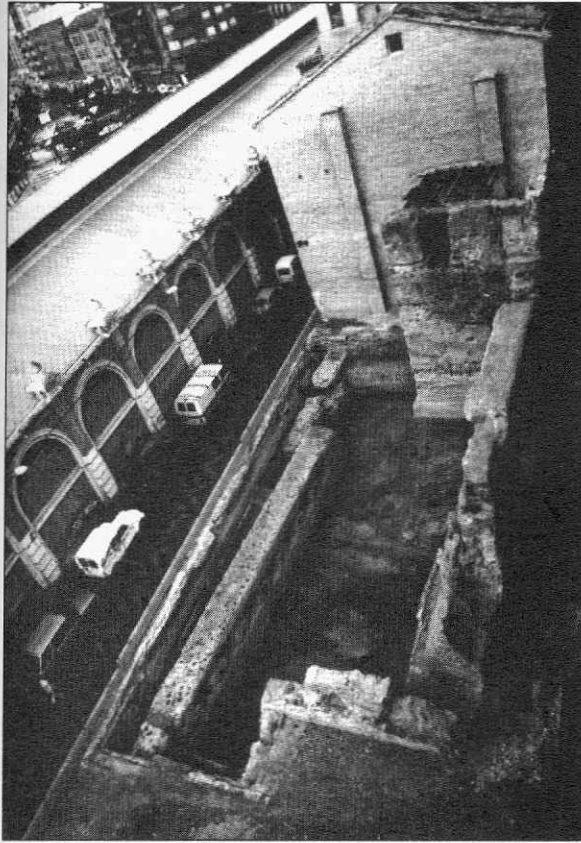
El camino bajaba rápidamente hasta el pie de las montañas; una vez en el valle se transformaba en una frondosa alameda que discurría a lo largo de una legua, por enmedio de la huerta, hasta la ciudad. He de confesar que jamás he visto paisaje tan bello como el de los alrededores de Mursiya, llamada con razón «Al-bostan», el jardín (15). Esto se debe en parte a la fertilidad de la vega en que se asienta y, sobre todo, a los ingentes trabajos de drenaje, excavación de canales de riego, y esmerada puesta en cultivo de los esforzados agricultores de la región. La variedad y calidad de los productos de la tierra es sorprendente: árboles frutales de todo tipo: ciruelos, manzanos, perales, melocotoneros, nísperos, granados, membrilleros, limoneros; hortalizas sin número como lechugas, rábanos, coliflores, berzas, melones, pepinos, espinacas, berenjenas... la lista sería interminable. Entre las parcelas cultivadas es frecuente la presencia de higueras, palmeras, y un árbol que es muy abundante en esta comarca dado que con él se alimenta una especie de orugas de las que se extrae la seda que ha dado fama a esta ciudad; a este árbol llaman morera (16).

La sorprendente fertilidad de la huerta está basada en un sistema de regadío muy inteligente, dado que en esta parte de al-Andalus las lluvias son muy escasas. El sistema consta de una presa de derivación ubicada río arriba a una legua de Mursiya. De esta presa parten dos canales de riego principales, uno al Norte y otro al Sur, denominados acequias

mayores de Aljufía y Alquibla respectivamente. De estos cauces parten otros menores que distribuyen el caudal por toda la huerta. El agua sobrante de los riegos se recoge mediante unos canales de avenamiento denominados azarbes para ser reaprovechada (17).

La vega del río Blanco abunda en alquerías de poca entidad que acogen una población numerosa en conjunto. Por algunas de estas pequeñas poblaciones atravesaba el camino: Mezlatay, Benihayzaram, Algarbía, Aljucer, Alhariella (18). Pronto llegamos a la ribera meridional del río Blanco, frente a nosotros un puente de barcas permitía el paso hasta la otra orilla, en la que se hallaba Mursiya. El aspecto de la ciudad era impresionante: la circunda una sólida muralla, rematada por almenas, que mide al menos treinta y cinco codos de altura y estaba reforzada por numerosos torreones cuadrangulares, muy próximos entre sí. Desde donde nos hallábamos se alcanzaba a divisar varias puertas, la mayor de las cuales se encontraba precisamente frente al puente de barcas (19). Por encima de la muralla asomaban algunas palmeras y los extremos de numerosos alminares. A la derecha de la gran puerta había un sólido alcázar reforzado por una torre enorme de aspecto inexpugnable, formada por ocho torreones unidos en cuadro. En el río, una noria colosal elevaba agua que era canalizada hacia el interior de la ciudad (20).

Cruzamos el puente y nos aproximamos a la gran puerta de que antes mencionaba y que resultó llamarse Bab al-Qantara que significa Puerta del Puente. Allí varios guardias y un recaudador controlaban el paso y cobraban los impuestos preceptivos sobre las mercancías que entraban a la ciudad (21). Sin embargo no entramos a la ciudad por ella sino que tomamos un ramal del camino que giraba hacia Poniente, rodeando la villa. El camino marchaba junto a las murallas, a la derecha, mientras que a la izquierda, muy próximo, se deslizaba el río. En sus riberas unos hombres se afanaban extrayendo y apilando grandes troncos de



Muralla islámica de Murcia, junto a la iglesia de Verónicas

árboles que bajaban por el río desde las lejanas montañas del interior (22).

Pasamos frente a un imponente torreón que contaba con una lápida de mármol en la que se había labrado una inscripción en caracteres árabes. Mi tío, que conocía medianamente la lengua, la leyó: «La altura de esta torre de la villa es de veinticinco Iuh. Ha sido construida bajo la supervisión de Abu..., hijo de Abu Muhammad» (23).

Poco más adelante la antemuralla doblaba en ángulo recto hacia el interior y otra vez hacia el Noroeste, formando un entrante en cuyo fondo se ubicaba un torreón que albergaba una puerta. De esta manera se formaba un espacio frente a la torre, batido desde tres lados por numerosas saeteras. Esta puerta, por la cual penetramos, daba acceso a un corredor en doble codo que comunicaba con el adarve entre muralla y antemuralla. Una vez allí recorrimos un corto trayecto en dirección Norte hasta llegar

a una puerta que permitía el acceso a la medina, al Este, y al arrabal del Arrixaca, al Oeste (24).

Nos encaminamos al Arrixaca, donde estaba la casa de Ansaldo, nuestro agente. Era éste un barrio pujante, bien poblado y dotado con cerca propia (25). La primera impresión que me produjo fue la de un arrabal fundamentalmente artesanal; allí se concentraban los alfares, las vidrierías, las fundiciones, allí trabajaban los herreros y los latoneros, los tintoreros, peleteros y curtidores. Sin embargo, conforme avanzábamos en dirección Norte se hacían más abundantes las residencias llamadas almunias y los huertos; era éste un barrio de reciente urbanización, que no contaba con los problemas de espacio de la medina (26).

Allí nos internamos por unas callejuelas cada vez menos transitadas hasta acceder a un estrecho adarve sin salida al fondo del cual se hallaba la puerta de la casa de Ansaldo. Este

personaje era un genovés que llegó siendo muy joven a la ciudad ya que en ella tenía parientes que trabajaban como agentes comerciales. A los pocos años se casó con una muchacha, hija de una familia de pisanos, que ya había nacido en Mursiya. Así pues vivía del comercio y no pensaba abandonar aquella ciudad que consideraba como suya. Además, bajo el gobierno del rey Lobo habían aumentado considerablemente las prebendas para los cristianos quienes incluso pudieron levantar una ermita en el Arrixaca donde genoveses, pisanos y sicilianos rendían culto a Santa María (27).

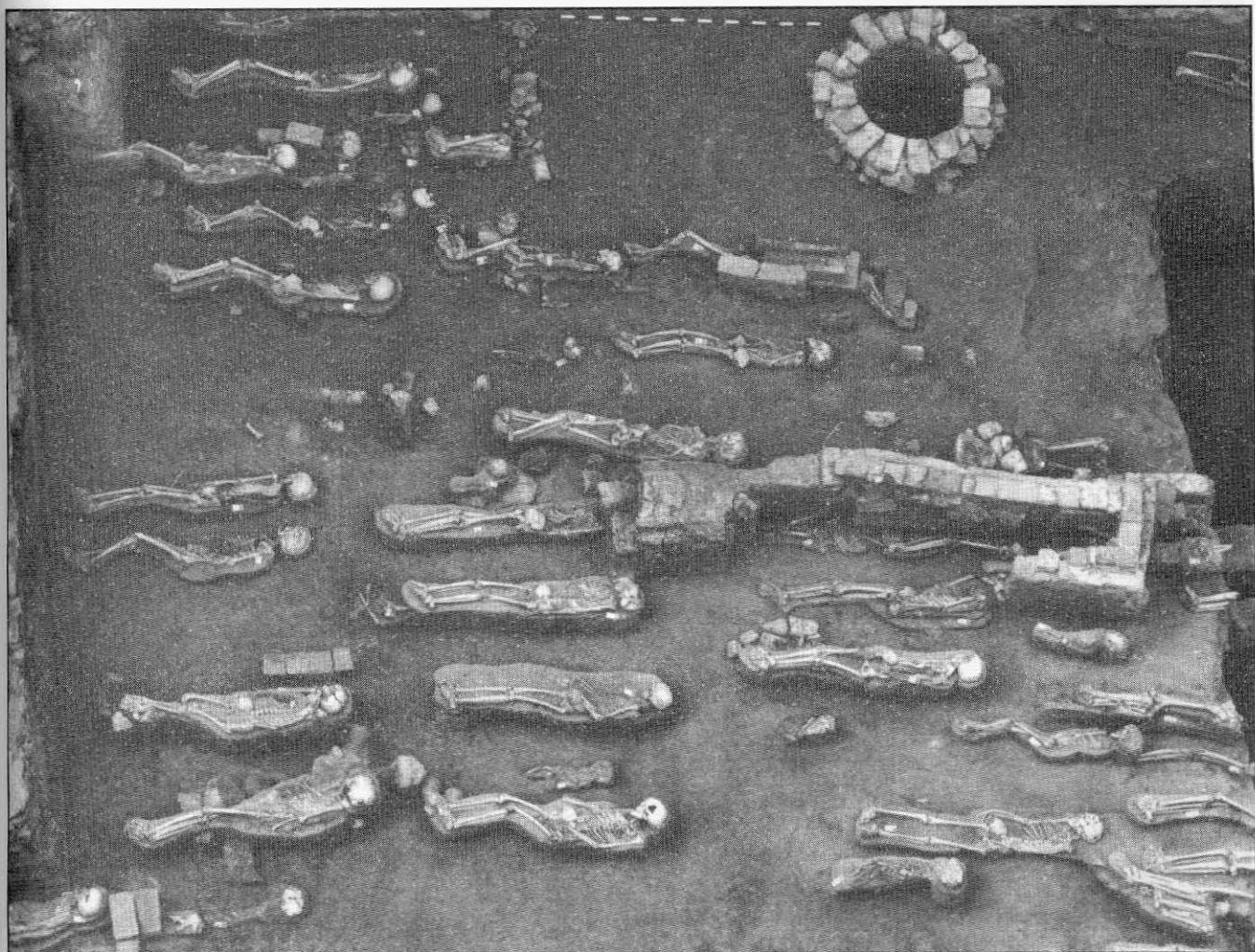
Ansaldo nos recibió con muestras de sincera alegría y tras ordenar a sus sirvientes que se hicieran cargo del equipaje, nos presentó a su familia. Sus hijos hablaban nuestra lengua además del árabe, y por supuesto conservaban la religión de sus padres, pero muchas de sus costumbres eran idénticas a las de cualquier familia hispanomusulmana. Así por ejemplo, la casa que habitaban era una típica vivienda andalusí. Consta de dos plantas que disponían sus dependencias en torno a un patio cuadrado. En el centro de este patio había un arriate o jardincillo plantado con naranjos y arrayanes, que contaba con una alberca en uno de sus lados. Esta alberca se encontraba frente a un pórtico que precedía la entrada al salón, la estancia más noble de la casa. Tanto los arcos de acceso al salón como los de la galería, estaban ricamente decorados mediante motivos vegetales e incluso letreros en árabe, labrados en yeso y policromados. El suelo del salón estaba completamente cubierto por alfombras bellísimas, e incluso en las paredes colocaban tapices. En los extremos de la estancia sendas cortinas separaban las alcobas donde estaban los lechos (28).

Expresamos nuestro deseo de visitar un «hamman», nombre que reciben los baños públicos, con el fin de asearnos y reponernos de las fatigas del viaje. Ansaldo dio orden de que prepararan el almuerzo y nos acompañó a uno situado en las proximidades de su casa. Este tipo de establecimientos son muy numerosos en

las ciudades musulmanas, lo cual considero de gran beneficio para la comunidad, teniendo en cuenta sus efectos reparadores. Llegamos a un edificio modesto, de fachada sencilla, pero que se diferenciaba del resto por presentar una cubierta a base de bóvedas, que destacaba entre las terrazas y tejados circundantes. Penetramos a una sala amplia con un espacio central cuadrado, delimitado por cuatro pilares y cubierto con bóveda. En una de las pequeñas habitaciones que daban a la sala cuadrada nos desvestimos y entregamos la ropa a un mozo, éste, a cambio, nos proporcionó unas pequeñas toallas, que nos anudamos a la cintura, y una especie de zuecos de madera. Atravesamos una sala rectangular en la que se dejaba sentir el calor en aumento y penetramos en otra estancia, también rectangular, cuya temperatura era muy elevada. La iluminación procedía del techo abovedado, en el que se habían practicado unas estrechas aberturas con forma de estrellas y cerradas por gruesos vidrios de colores. La sala se hallaba pavimentada mediante grandes losas de piedra blanca. La decoración mural, a base de elegantes pinturas en rojo intenso, cubría bóvedas y paredes. Dos pequeñas piletas contenían agua, una fría y otra caliente, con la que nos lavamos a conciencia con ayuda de unos baldes. Después de esto retrocedimos a la sala templada donde solicitamos servicio de masaje y de vuelta a la gran sala de entrada, nos pusimos en manos de un barbero. Nos vestimos con ropa limpia y pagamos el importe de los servicios recibidos. De esta manera se esfumó como por ensalmo la fatiga acumulada durante el largo viaje (29).

Al salir a la calle era media mañana. El sol brillaba con fuerza y el bullicio de gentes que iban y venían era enorme. Encaminamos nuestros pasos hacia una puerta llamada Bab al-Suq, puerta del zoco, por la que se penetraba en la medina desde el arrabal. Marchamos en dirección al zoco, que estaba próximo a la mezquita aljama.

El zoco me pareció un abigarrado y maravilloso laberinto: tiendas y puestos de todo



Cementerio Islámico de San Nicolás en Murcia

tipo se amontonaban unos junto a otros en las principales calles, que se cruzaban entre sí aparentemente sin orden ni concierto. Cada una se parecía a las demás y todas tenían en común la angostura, que se hacía más manifiesta por la exposición de las mercaderías en el exterior de las tiendas. La muchedumbre que ocupaba las calles hacía de la circulación una tarea complicada, agravada por las recuas de burros cargados que periódicamente nos cruzábamos. La animación era enorme; hombres y mujeres de bellos rostros, ataviados con ropas de espléndidos tejidos, iban y venían comprando, vendiendo, cambiando o simplemente mirando. La mayor parte de las tiendas eran estables, y contaban con un cierre de madera que al levantarse servía de toldo. El interior era un pequeño receptáculo sobreelevado en donde trabajaba el artesano y se exponían las mercaderías (30). Vimos los

puestos de pescado fresco y salado tanto de río como de mar; en las tiendas de carne se vendían conejos, perdices, corderos... junto a ellos estaban los hueveros, con un cacharro con agua para poder distinguir los huevos podridos. En los puestos ambulantes se cocinaban ciertos alimentos a la vista del comprador, todos me resultaban desconocidos, aunque su aspecto y olor eran verdaderamente apetitosos; por ejemplo la «harisa», una especie de puré a base de trigo y carne picada; las almojábanas, unos deliciosos buñuelos rellenos de queso; los «mirkas», salchichas de carne, especias, ajo, vinagre y sal; o las «asfidas», unas pequeñas albóndigas de carne picada ensartadas en unos pinchos y asadas. Pasamos frente a las tiendas de los caldereros, con sus dueños trabajando en plena calle, de los plateros, de los drogueros, de los comerciantes de telas de lino, de algodón, de

fieltro, de seda. El sahumador ambulante nos perfumó, a cambio de una propina, con aspersiones de agua de olor. (31).

Tras atravesar el zoco nos encontramos frente a la mezquita aljama. Desde el alminar, el almuédano llamaba a la oración invocando el nombre del califa de Bagdad, Muhammad al-Muktafi. De hecho, quien gobernaba en Mursiya era Abu Abd Allah Muhammad Ibn Saad Ibn Mardanish, conocido entre los cristianos como el rey Lobo. Sus dominios comprendían buena parte del Sharq al-Andalus incluyendo Mursiya, la capital, Valencia, Denia, Jaén... Se encontraba en guerra permanente con el imperio almohade, que se extendía desde el Magreb hasta el resto de al-Andalus. Por eso el rey Lobo, de hecho un sultán independiente, rechazaba la autoridad del califa almohade y expresaba públicamente su sumisión al legítimo califa abbasí. Por esta razón era mencionado por el almuédano en las llamadas a la oración.

Lógicamente, como cristianos, no podíamos acceder al interior de la mezquita. Así que nos limitamos a contemplar el exterior del magnífico edificio (32). Frente al muro de la quibla se levantaba el imponente alcázar. Este se hallaba separado de la medina por una muralla propia que se encontraba en muy mal estado, vimos cuadrillas de obreros y oficiales realizando tareas de reparación en este tramo (33).

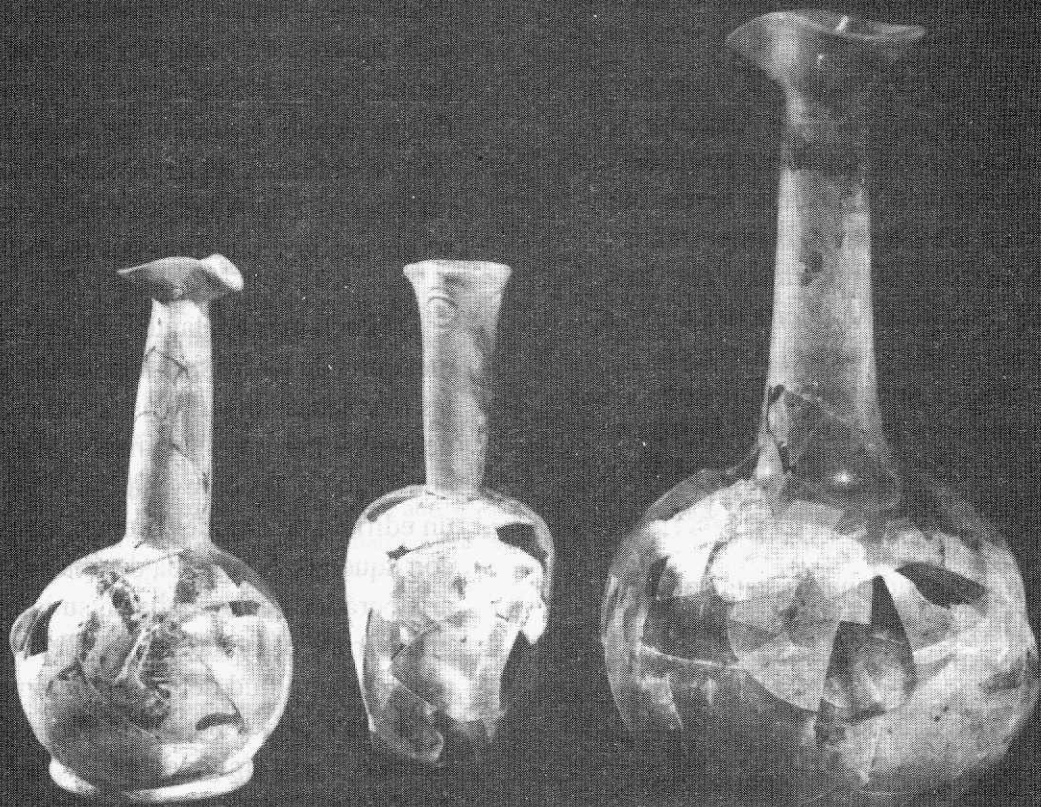
Decidimos regresar a casa de Ansaldo para lo cual tuvimos que caminar un buen rato atravesando barrios residenciales. Una cosa me llamó especialmente la atención y esto es la limpieza de las calles. En efecto, no se ve correr por ellas el agua sucia, como en nuestras ciudades, ni están embarradas y llenas de socavones. El zalmedina tiene encargado al cuerpo de policía la vigilancia de las calles cuidando de que no se arrojen a ellas basuras ni inmundicias, así como que se reparen los baches en que pueda detenerse el agua y formarse lodo. Cada cual ha de reparar y mirar por lo que está delante de su casa. Si en cualquier sitio hay

algún desagüe se obliga al propietario a construir y mantener en buen uso una alcantarilla. Todas las calles principales, y la mayor parte de las menores, cuentan con una atarjea cubierta que corre por el centro, a ella van a parar las aguas de lluvia y vierten las letrinas de las viviendas. Estas alcantarillas son periódicamente saneadas y reparadas (34).

En casa de Ansaldo nos aguardaba un almuerzo copioso. Nos acomodamos en el salón, frente a la puerta geminada que se abría al pórtico, a la vista del jardín animado por el murmullo del surtidor de la alberca. Allí mismo, sobre una mesa baja se nos sirvió una excelente comida. El primer plato se llamaba «yasis» y era una sopa de trigo y verduras servida con cucharas de madera en escudillas de loza, a continuación tórtolas y alondras asadas con hierbas y especias, y finalmente unas tortas de mantequilla y galletas rellenas con miel (35). Todo ello acompañado por un vino excelente y agua aromatizada con esencia de azahar. Después de comer, mi tío y Ansaldo despacharon sobre asuntos de negocios.

En primer lugar ajustaron unos envíos de cerámica. En efecto, en aquella época existía una fuerte demanda de loza dorada mursí en Italia, donde era utilizada para ornamentar los campanarios y fachadas de las iglesias. Hoy es posible distinguir los excelentes platos mursíes en muchos templos de Pisa, Siena e incluso Roma (36). Hablaron también en otros muchos asuntos referentes a la seda, las alfombras, el lino, el esparto; tipos y precios, volumen de pedidos... Yo comencé a sentir los efectos del largo viaje y de la copiosa comida; arrullado por el murmullo del surtidor me dormí.

El día estaba bastante avanzado cuando mi tío me despertó. Ambos nos encaminamos, junto con Ansaldo, a visitar uno de los afamados talleres de vidrio mursí. Se encontraba en el sector Sur del arrabal, en ese barrio artesanal que habíamos atravesado unas horas antes.



Botella y redomas de vidrio halladas en la calle Platería. (Siglo XII).

Por una puerta angosta penetramos a un patio estrecho y alargado, parcialmente cubierto por un tejado ligero sostenido por postes de madera que llamaban alfaría. Bajo ésta se encontraba el horno, de dimensiones bastante menores que los utilizados para cocer cerámica. Tenía tres cámaras superpuestas: la inferior en la que se encendía el fuego, una parte intermedia en la que se hallaba el crisol con el vidrio fundido, y una cámara superior en la cual se colocaban las piezas ya sopladas para que fueran enfriando lentamente y no se resquebrajaran. Para la mezcla utilizaban una arena muy pura y el carbonato obtenido de la barrilla, una planta de la altura del esparto, con frutos parecidos a bayas, que crece con mucha abundancia en esa región. Para soplar el vidrio utilizan una larga pipa o tubo, y una barra de hierro llamada pontil, con la que sujetan la pieza para separarla de la pipa. Una vez soplados,

decoran los vasos con cañas de vidrio de colores recalentadas, que enrollan alrededor de los vasos formando todo tipo de motivos. También emplean unos moldes de cerámica dentro de los cuales soplan las piezas; la superficie de los vasos obtiene un relieve especial que forma unos motivos similares a las celdillas del panal de abeja.

Pero los vidrios más apreciados son aquellos decorados mediante pintura dorada, la misma técnica con que ornamentan la loza. Para ello soplan vasos de color blanco opaco sobre los cuales se pintan todo tipo de motivos con un esmalte característico al que se ha añadido plata o cobre. Los detalles del dibujo se retocan con un punzón con el que se trazan sobre la pintura finas rayas que descubren el color de fondo del vaso. A continuación someten la pieza a una cocción a baja temperatura para fijar el esmalte. El

resultado son unos bellísimos vasos blancos decorados mediante delicados motivos en dorado y esgrafiados (37).

Al salir de la vidriera, caía la tarde, por lo que decidimos regresar a casa de Ansaldo. Como no teníamos prisa, dimos un pequeño rodeo, penetramos en el interior de la medina y tomamos una de las arterias más importantes. Esa calle, de trazado casi rectilíneo, corría en dirección Noroeste hasta la Puerta del Zoco, a través de la cual penetraba en el Arrizaca, cruzaba el arrabal manteniendo el mismo trazado, para salir por la Puerta de Molina convirtiéndose en la vía que conducía al Norte, a la lejana Toledo (38).

En el tramo meridional de esta calle nos topamos con un pequeño cementerio. Nos sorprendió encontrarlo en medio de un barrio densamente habitado, puesto que en las ciudades musulmanas suelen ubicarse en áreas periurbanas. Este cementerio, según Ansaldo, también había sido fundado a extramuros, sin embargo fue absorbido por la reciente ampliación de la villa. Las tumbas consistían en pequeños túmulos rectangulares de fábrica diversa: adobe, ladrillo, argamasa, cuidadosamente enlucidos. Dos sepulturas nos llamaron especialmente la atención porque estaban construidas con grandes piedras blancas dispuestas en forma de pirámide escalonada (39). Aquí y allá se veían lápidas, algunas con inscripciones. Le pedí a Ansaldo que tradujera una de ellas, decía así:

«¡Hombres! ¡Temed a vuestro Señor y temed el día en que el padre no pueda hacer

nada por su hijo ni el hijo por su padre! ¡Mirad que las promesas de Allah son ciertas! No os dejéis pues seducir por los placeres del mundo ni os apartéis de Allah por los engaños de la carne. Este es el sepulcro de Wazir, hijo del ilustre alcaide Abu-Ammar-Ben-Musa-ibn-Yahya, el tirador de flechas. Murió, la misericordia de Allah sea con él, le esfuerze con su presencia y santifique su espíritu» (40).

Poco más adelante había una pequeña mezquita de barrio frente a la cual se sucedían las manzanas abigarradas de casas pequeñísimas que se apiñaban unas con otras entre callejuelas enrevesadas. A continuación, un edificio de grandes proporciones contrastaba con aquéllas. Se trataba de una casa aristocrática que contaba en su interior con un gran arriate plantado y una alberca en el ala norte, la amplitud del jardín me impresionó vivamente (41). En ella visitamos a un noble anciano, viejo amigo de mi tío; se llamaba Abubéquer Yahya, hijo de Baquí, Abenssalamí, poeta y médico que había ejercido en la corte de Ibn Mardanish. Por aquellas fechas estaba separado de su cargo y se dedicaba a visitar gratuitamente toda clase de enfermos. Así tuve el honor de conocer a este personaje cuya memoria aún hoy, muchos años después de su muerte, sigue siendo honrada entre sus paisanos (42).

La noche cayó sobre Mursiya. Las puertas de la ciudad se cerraron y poco a poco fueron clausurándose los portones que comunicaban adarves y callejuelas. Nos apresuramos hasta casa de Ansaldo. Al amanecer del día siguiente abandonamos la ciudad.

Notas:

- (1) Los nombres de nuestros imaginarios protagonistas italianos pertenecen a los firmantes de un documento real, redactado en Génova en 1163. Se trata de un contrato comercial referente a transacciones marítimas con Túnez y otros puntos del Mediterráneo Occidental. Véase: J. Le Goff, *La Baja Edad Media*, Historia Universal Siglo XXI, vol. 11 p. 43.
- (2) Este tipo de barco era de origen italiano y se utilizó con profusión en esta época. A fines del s. XI una carraca genovesa atracó en Málaga: R. Arié, *III España Musulmana*, Barcelona, 1982, p. 252.
- (3) Esta ruta: Cerdeña, Baleares, Denia, Cartagena; está inspirada en el itinerario de vuelta del valenciano Ibn Yubayr, tras su periplo por Oriente el año 1185. Por cierto que las embarcaciones que retornaron a los peregrinos a al-Andalus eran «rumíes» y al menos una de ellas genovesa. Véase: Ibn Yubayr, *A través del Oriente. El siglo XII ante los ojos*. pp. 399-402.
- (4) Sharq al-Andalus, literalmente al-Andalus Oriental, éste es el nombre que recibían aquellos territorios de al-Andalus que se correspondían aproximadamente con el actual País Valenciano y Murcia.
- (5) La toponimia islámica de las costas de Murcia ha sido estudiada entre otros por R. Pocklington, «Toponimia islámica del Campo de Cartagena», en *Historia de Cartagena*, vol. V, Murcia, 1986. Basándose fundamentalmente en la obra de al-Idrisi y de Hazim al-Qartayanni. «Laqant»: Alicante; «Sant Bul»: Santa Pola; «Uryula»: Orihuela; «Palus» o «al-Buhayra» es, evidentemente el Mar Menor, de la palabra árabe «al-Buhayra» deriva precisamente «albufera»; «al-Qasr»: probablemente Los Alcázares; «Yazirat al-Firan»: probablemente la actual Isla Grosa; «Taraf al-Qabtal» o «Qabtil Tudmir»: Cabo de Palos; «Purtman al-Kabir»: Portmán.
- (6) Ignoramos si realmente existían azarazanas en Cartagena, no obstante sabemos por al-Himyari y por Idrisi que sí las había, e importantes, en el siglo XII en Alicante (HIMYARI: *La Péninsule Ibérique d'après le Rawd al-Mi'tar*, Ed. y trad., LEVY-PROVENÇAL, E. Leiden, 1938; Idrisi: *Geografía de España*, Valencia, 1974, p. 32). Teniendo en cuenta que esta ciudad y Cartagena no debieron ser muy diferentes en importancia en esta época, y que el hecho de que no contemos con referencias textuales no significa que no existieran, hemos optado por suponer que Cartagena contó con arsenales. Para más información sobre el tema véase: J. García Antón, «La circulación monetaria en Cartagena. Siglos XI-XIII», en *Historia de Cartagena*, vol. V, Murcia, 1986.
- (7) Para mayor información sobre el tráfico marítimo de los puestos de Tudmir véase el trabajo de M. de Epalza, «Costas alicantinas y costas magrebíes: el espacio marítimo musulmán según los textos árabes», en *Sharq al-Andalus*, n.º 3, Alicante, 1986. También, J. García Antón, «La circulación monetaria en Cartagena. Siglos XI-XIII», en *Historia de Cartagena*, vol. V, Murcia, 1986.
- (8) La crianza de mulas para la exportación en Mallorca nos es relatada por el oriental Ibn Hawqal, según recogen: R. Arié, *III España Musulmana*, Barcelona, 1982, p. 228; E. Lévy-Provençal, *Histoire de l'Espagne musulmane*, 3T., ed. París-Leiden, 1950-53. En cuanto a los paños y pieles sabemos que estos productos, procedentes no sólo de la Europa noroccidental eran exportados al área mediterránea desde el siglo XI: J. Le Goff, *La Baja Edad Media*, Historia Universal Siglo XXI, Madrid, 1978, p. 40.
- (9) Las manufacturas de la Murcia musulmana fueron detalladas por el jienense Ibn Sa'íd al-Maghribí, escritor del siglo XIII cuya obra fue recogida por el historiador Ahmed ibn Mohammed al-Makkari, quien escribió en el siglo XVIII. Véase la traducción al inglés de Pascual de Gayangos, *History of the Mohammadan Dynasties in Spain*, Londres, 1840. Evidentemente la Murcia descrita por Ibn Sa'íd es casi un siglo posterior a la fecha en que ubicamos nuestro relato. No obstante pensamos que este panorama de prosperidad económica debió ser el mismo que vivió la ciudad a lo largo del siglo XII. Así por ejemplo la producción de loza dorada que menciona Ibn Sa'íd, la tenemos perfectamente documentada gracias a la arqueología a mediados del siglo XII: J. Navarro Palazón, «Murcia como centro productor de loza dorada», en *Congreso Internazionale: La ceramica medievale nel Mediterraneo Occidentale (3. Siena. 1984)*, Florencia, pp. 129-143.
- (10) Acerca de algunas de estas torres véase: J. Navarro Palazón, «Arquitectura y artesanía en la Cora de Tudmir», *Historia de Cartagena*, vol. V, Murcia, 1986, pp. 433-439.
- (11) Sobre toponimia del Campo de Cartagena véase el trabajo de R. Pocklington antes citado.
- (12) Véase: al-Qalqasandi, *Subh al-Asa Fi Kitabat al-Insa*, trad. L. Seco de Lucena, Valencia, 1975, p. 46. Aquí se cita el Taqwim al-Buldán, de Abu-l-Fida, véase M. Re naud, *Geographie d'Aboulfeda*, París, 1840-48.
- (13) Nos referimos respectivamente al castillo de La Asomada y al llamado castillo del Portazgo. Sobre este enigmático edificio inacabado véase: I. Pozo Martínez, «El conjunto arquitectónico de «El Portazgo» (Murcia)», *Antigüedad y Cristianismo. Monografías*

Históricas sobre la Antigüedad Tardía V. Murcia, 1988, pp. 403-423.

(14) Una buena relación de fuentes que describen el Segura encontramos en: A. Carmona González, «Recorrido por la Geografía Histórica de la Murcia islámica», en *Guía Islámica de Murcia, Murcia*, 1990, pp. 15 y 16.

(15) Véase: A. Carmona González. «Recorrido por la Geografía...» (Pasaje de la Cosmografía de ad-Dimashgi, S. Petersburg, 1866, pp. 244-245.

(16) Véase: *Libro de Agricultura su autor el Doctor excelente Abu Zacaria Iahia*, ed. facsímil, con estudio preliminar y notas por: E. García Sánchez y J. E. Hernández Bermejo, Madrid, 1988. También: Ibn Luyün, *Tratado de Agricultura*, ed. y trad. cast., J. Eguaras Ibáñez, Granada, 1975.

(17) Entre otros: R. Pocklington, *Estudios toponímicos en torno a los orígenes de Murcia*, Murcia, 1990; J. Manzano Martínez, «La Agricultura de regadío», *Guía Islámica de Murcia*, Murcia, 1990, pp. 123-140.

(18) R. Pocklington, *Estudios toponímicos en torno a los orígenes de Murcia*, Murcia, 1990.

(19) Idrisi, *Geografía de España*, Valencia, 1974, p. 185.

(20) Acerca de la muralla de Murcia véanse M. Jorge Aragoneses, *Museo de la Muralla Árabe de Murcia*, Madrid, 1966; A. M. Muñoz Amilibia, «Una puerta acodada en la Muralla Islámica de Murcia», en *Homenaje al Profesor Juan Torres Fontes*, Murcia, 1987; J. Navarro Palazón, «Excavaciones Arqueológicas en la ciudad de Murcia durante 1984», en *Excavaciones y Prospecciones Arqueológicas*, Murcia, 1987. Desde el punto de vista documental: J. García Antón, *Las murallas medievales de Murcia*, tesis de doctorado inédita, Universidad de Murcia, 1982.

(21) Según se desprende del texto transmitido por Ibn al-Jatib, *Ihata*, Ed. Inan, El Cairo, 1974, II, pp. 124-126. Traducido por M. de Epalza y M. J. Rubiera Mata, «La Sofra (Sujra) en el Sharq al-Andalus antes de la conquista catalano-aragonesa», en *Sharq al-Andalus*, 3, pp. 33-37.

(22) Véase en artículo citado: J. García Antón, «La circulación monetaria...», p. 379; Al-Zuhri, *Kitab al-Yu'rafiyya*, ed. con introducción en francés y glosarios por M. Hayy Sadiq, Damasco, 1968.

(23) En efecto en esa zona existió un torreón

con lápida fundacional. Se trata del torreón ubicado en el solar del antiguo convento de Verónicas, actualmente en proceso de excavación, que conserva la impronta de una lápida que, desgraciadamente no se conserva. Para el texto de la lápida nos hemos basado en el de una hallada en Murcia, fechable en la primera mitad del siglo XIII (el desfase cronológico es una licencia literaria). Véase: E. Levy-Provençal, *Inscriptions Arabes D'Espagne*, París-Leyde, 1931, p. 101.

(24) La puerta que atraviesan nuestros protagonistas es aquella que documentó en el año 1976 Dña. Ana María Muñoz Amilibia; véase op. cit. Estaba situada al fondo de la actual calle de la Faz. El recorrido de la muralla en su parte occidental, así como la ubicación de esta puerta, en el callejero actual, está publicado en: J. Navarro Palazón, *Una casa Islámica en Murcia. Estudio de su ajuar (S. XIII)*, Murcia 1991, p. 18.

(25) Idrisi, *Geografía de España*, Valencia, 1974, p. 185.

(26) Así se desprende de la información aportada por las excavaciones arqueológicas que hasta ahora se han llevado a cabo en la zona: las instalaciones artesanales se concentraban en el actual barrio de San Antolín, mientras que la zona noroccidental y norte, actuales barrios de San Andrés y San Miguel tenía un carácter fundamentalmente residencial. Posiblemente la caída demográfica que siguió a la conquista castellana dio lugar a que éstas y otras áreas, que durante la primera mitad del siglo XIII tenían carácter urbano, pasaran a ser, en época bajomedieval, zonas periurbanas, ocupadas por instalaciones artesanales. Este fenómeno viene siendo objeto de estudio en las excavaciones que en la actualidad venimos llevando a cabo en un solar de la calle La Manga.

(27) Según se recoge en la Cantiga CLXIX, dedicada por Alfonso X a la Virgen de la Arrixaca. En efecto, este culto al parecer fue inaugurado por mercaderes genoveses, pisanos y sicilianos. Evidentemente esta referencia es de mediados del siglo XIII, pero pensamos que el asentamiento de estos comerciantes debió datar del siglo XII, fecha en que se firmaron diversos tratados, que implicaban ventajas comerciales, con genoveses y pisanos; así sucedió en 1133, entre Pisa y el imperio almorávide, y posteriormente, en 1149, entre Ibn Mardanis y las repúblicas de Pisa y Génova, acuerdo renovado en 1161.

(28) Sobre viviendas hispanomusulmanas existe una bibliografía relativamente abundante, destaquemos por su novedad y amplitud la publicación que recoge las ponencias del coloquio del mismo título: *La casa Hispano-Musulmana. Aportaciones de la Arqueología*, Publicaciones del Patronato de la Alhambra

y el Generalife, Granada, 1990. En ella se encuentra, entre otras muchas aportaciones, una referida a la arquitectura doméstica de Siyasa (Cieza), escrita por su excavador J. Navarro Palazón.

(29) Es abundante la bibliografía referente a baños hispanomusulmanes. Centrándonos en los baños de la Murcia islámica véanse, entre otros, L. Torres Balbás, «El baño musulmán de Murcia y su conservación», en *Al-Andalus*, XVIII, pp. 433-438; J. Navarro Palazón «Arquitectura y Artesanía en la Cora de Tudmir», en *Historia de Cartagena*, vol. V, Murcia, 1986; J. A. Ramírez Aguilá, «Los baños islámicos de Murcia», en *Guía Islámica de la Región de Murcia*, Murcia, 1990. Véase también, M. de Epalza, E. A. Llobregat, y otros, *Baños Arabes en el País Valenciano*, Valencia, 1989.

(30) Véase: G. Menéndez Pidal, *La España del siglo XIII leída en imágenes*, Madrid, 1986, p. 199.

(31) Sobre zocos hispanomusulmanes véase el clásico P. Chalmeta, *El Señor del Zoco en España*, Madrid, 1973. Acerca de los vestidos y comidas andalusíes, R. Arié, *III España Musulmana*, Historia de España Dirigida por Manuel Tuñón de Lara, Barcelona, 1982. Sobre la figura del sahumador: E. García Gómez y E. Lévy-Provençal, *Sevilla a comienzos del siglo XII. El Tratado de Ibn Abdun*, Sevilla, 1981, p. 173.

(32) No quedan vestigios de la mezquita aljama de Murcia, que se levantaba en el solar de la actual catedral. Solamente tenemos una pequeña noticia en el *Dhikr bilad al-Andalus* (s. XV), de autor anónimo. Véase: A. Carmona González, «Recorrido por la Geografía...» Según este texto fue mandada levantar por Alí b. Yusuf, quien gobernó entre 1107 y 1143.

(33) La cerca del alcázar se encontraba parcialmente reventada y vencida por lo que se construyó un muro de tapial paralelo de sujeción. Esta reparación, posiblemente posterior al momento en que transcurre nuestro relato, fue documentada en las excavaciones llevadas a cabo en el solar del palacio del Obispo Trejo así como en otra finca de las proximidades, ambas en la calle de los Apóstoles. Ambas están en fase de estudio, la única imagen publicada en: J. García Antón, «La Región de Murcia en tiempos del Islam», *Historia de la Región Murciana*, vol. III, p. 15.

(34) E. García Gómez y E. Lévy-Provençal, *Sevilla a comienzos del siglo XII. El Tratado de Ibn Abdun*, p. 120, Sevilla, 1981.

(35) Una de estas mesas bajas de madera labrada así como cucharas de madera fueron halladas en Liétor (Albacete), junto con un impresionante ajuar de

objetos de todo tipo fabricados en hierro, bronce, madera, hueso, vidrio, etc. Se trata de un ocultamiento realizado en una gruta natural posiblemente con motivo de los gravísimos disturbios que siguieron a la caída del califato. La publicación que recoge y estudia este hallazgo la ha elaborado el Centro de Estudios Arabes y Arqueológicos «Ibn Arabí» de Murcia y se encuentra en prensa.

(36) Navarro Palazón, J., «Murcia como centro productor de loza dorada», en *Congreso Internazionale: La ceramica medievale nel Mediterraneo Occidentale* (3. Siena, 1984), Florencia, pp. 129-143; Picon, M., y J. Navarro, «La loza dorada de la province de Murcie étude en laboratoire», en *La ceramica medievale nel Mediterraneo Occidentale* (3. Siena, 1984), Florencia, pp. 144-146; Navarro Palazón, J., «Nuevas aportaciones al estudio de la loza dorada andalusí: el ataífor de Zavellá», en Rosselló Bordiy, G. (dir.), *Les illes orientales d'Al-Andalus (V Jornades d'Etudis locals)*, Palma de Mallorca, pp. 225-238.

(37) Acerca de la producción de vidrio en la Murcia musulmana véase: P. Jiménez Castillo, «El Vidrio», en *Una Casa Islámica en Murcia. Estudio de su ajuar (s. XIII)*. Por J. Navarro Palazón, Murcia, 1991; Navarro Palazón, J., «Murcia como centro productor de loza dorada», en *Congreso Internazionale: La ceramica medievale nel Mediterraneo Occidentale* (3. Siena, 1984), Florencia, pp. 129-143.

(38) Hablamos de la gran arteria que en época musulmana formaban las actuales calles San Nicolás y Mariano Girada. Véase: V. M. Rosselló Verger y G. M. Cano García, antes Cadenas. *Evolución urbana de la ciudad de Murcia (831-1973)*, Murcia, 1975.

Véase el plano antes mencionado en J. Navarro Palazón, *Una casa Islámica en Murcia...*

(39) El cementerio descrito se corresponde con el descubrimiento en la calle San Nicolás de Murcia: J. Navarro Palazón, I, «El Cementerio de S. Nicolás de Murcia. Memoria Preliminar», en *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española*, Zaragoza, 1986. Hemos completado la información acerca de la morfología de las sepulturas con las noticias verbales amablemente facilitadas por don Indalecio Pozo Martínez, quien excavó otro cementerio musulmán en el solar ubicado en la calle Polo de Medina, esquina con calle Azucaque.

(40) El texto de la lápida se corresponde aproximadamente con el de una hallada en Murcia al abrir, en lo que fue Convento de Santo Domingo, las zanjas para cimientos del primitivo Teatro Romea: R. Amador de los Ríos, *Murcia y Albacete*, en la colección: España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia, Barcelona, 1989, p. 446. También publicada en: Lévy-

Provençal, E., *Inscriptions Arabes D'Espagne*, Leiden-París, 1931, pp. 99-100.

(41) En efecto, la actual iglesia de San Nicolás se levanta sobre el solar de lo que fue una mezquita de barrio. La manzana de casas de dimensiones reducidas está siendo en la actualidad documentada en las excavaciones arqueológicas que se vienen llevando a cabo en C/. Cortés, frente a la iglesia de San Nicolás. La vivienda de Abenssalami la ubicamos en la casa aristocrática hallada en 1984 durante el desfonde de un

solar, en la calle San Nicolás. Esta casa y el impresionante ajuar perteneciente a la misma ha sido recientemente publicado: J. Navarro Palazón, *Una casa islámica en Murcia. Estudio de su ajuar (s. XIII)*, Murcia 1991.

(42) M. Gaspar Remiro, *Historia de Murcia Musulmana*, Zaragoza, 1905, p. 223. Identificar la vivienda de Abenssalami con la casa excavada en la calle de San Nicolás es una licencia literaria.